

Nº 17

(1981)

CEDI - P. I. B.
DATA 20 / 03 / 87
COD. 06005

La Primera Escalada del Roraima
Diario inédito de Theodor Koch-Grünberg
puesto a disposición por su hijo,
Dr. Ernest Koch-Grünberg.

Trad: Helga J. Ostermann de Nitsche

Partes del diario de Theodor Koch Grünberg

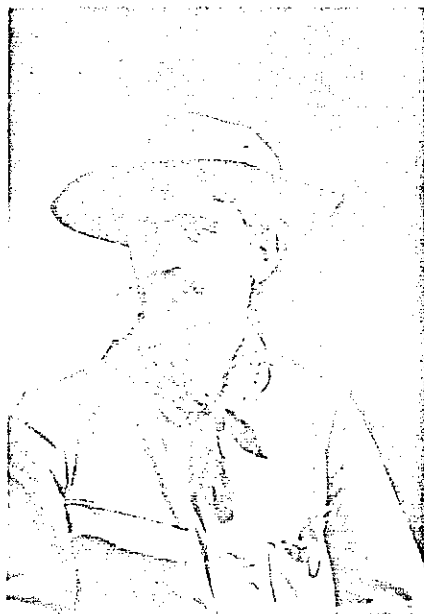
Martes 3 de Octubre de 1911. Maloka Roraima.

Los indios traen, otra vez, algunos objetos etnográficos, casi todos pequeños cestos, entre ellos algunos muy bonitos, decorados y con tapa, y montones de beijús (tortilla de yuca tostada casabe), los cuales compro para tener provisiones para el regreso, ya que tengo que pensar en llenar 30 bocas hambrientas, cargadores y cargadoras y todo lo que se presenta acompañándonos. Fuerte lluvia desde las 12:30 hasta cerca de las 2, del este. Un bello joven, hijo del viejo cacique, viene desde el otro lado y me transmite la invitación oficial a la fiesta: el parischerà está preparado. Esperando que escampe, acostado en la hamaca leo por quincuagésima vez tu última querida carta.

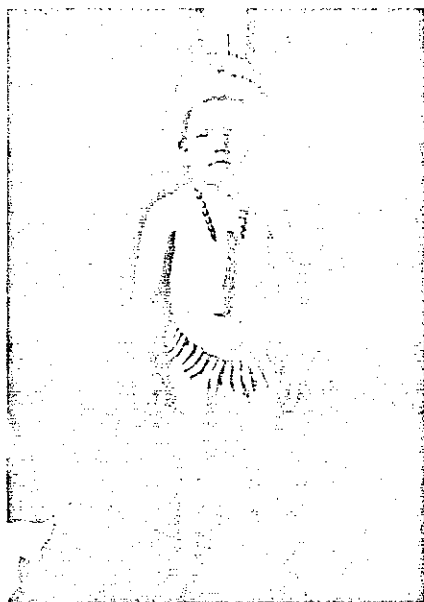
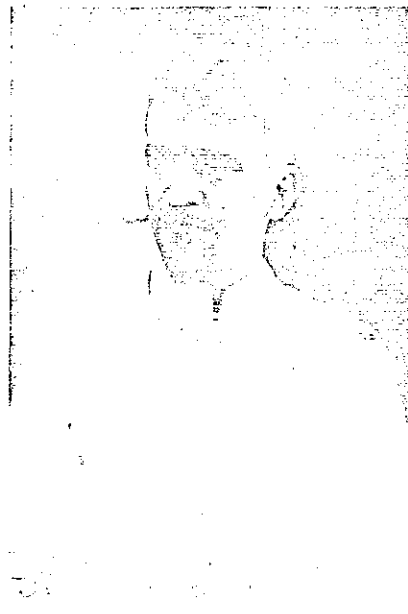
Los indios están acucillados y de pie por todos lados, mi gente se pinta dignamente para la fiesta, pero a pesar de ello parecen una horda de gitanos venidos a menos junto a los hermosos hombres desnudos. A las 2:40 partimos con la filmadora y la cámara. Selemela y su gente no nos acompañan, la enemistad parece ser bastante grande! Llegamos bajo la habitual algarabía, donde mi "ámai", el viejo cacique y algunos otros nos reciben con amabilidad sirviéndonos de inmediato incontables "kuyen" (tutumas) de cachiri. Los bailarores ya están esperando cerca de la maloka próxima a que terminemos con el cine y luego se acercan bailando en larga cadena. Las viejas vienen con grandes totumas de cachiri y bailan doblando las rodillas ante los bailarores, al son de gritos "hai-hai-hai", una imagen de vivacidad salvaje: estas bellas figuras desnudas de hombres y mujeres con sus movimientos cadensiosos y al fondo las oscuras rocas del Roraima cubiertas de pesadas nubes de tormenta. ¡Inolvidable!

Lentamente bailan delante de la filmadora, que en esta oportunidad se porta bien, y se disponen en círculo delante de la maloka.

*Theodor Koch-Grünberg
Manoa 1913
El día de regreso de la selva*



*Theodor Koch-Grünberg
Manoa 1913*



*Ernest Koch-Grünberg
1913 después del regreso de su padre de
América Latina.*



*Dr. Ernest Koch-Grünberg
en un viaje en París a Cuzco
1974*

La sorda música de los tubos de ambaúva que acompañara espectacularmente la entrada de los bailarines, calla para dar lugar a un monótono canto rítmico. El baile prosigue con los mismos movimientos: un paso a la derecha, un golpe con el pie, sigue el pie izquierdo, de vez en cuando una corta vuelta a la izquierda. Un grupo de niños también baila con entusiasmo, ataviados como los mayores y un muchachito se pasa todo el baile a horcajadas sobre los hombros de su padre, y dura horas. La segunda película otra vez tiene problemas, pero sólo se pierden unos 6 metros, nos conformamos con ello. Si la vieja caja no tiene alguna falla más por ahí, las fotos deben salir fabulosas. Hago una cantidad de instantáneas con la cámara pequeña. Yo me acuclillo junto a los mayores, fumo, charlo, tomo cachiri y miro el baile, pero también participo activamente del baile junto con von Schmidt y el cacique Manoel, cosa que los indios ven con satisfacción. En seguida algunas bellezas se unen a nosotros y bailan a nuestro lado, con una mano sobre nuestro hombro o ambas manos sobre los hombros del hombre que está a la izquierda y a la derecha.

El viejo cacique siente frío debido al viento fresco del sur. Yo le presto mi chaqueta caqui, en la que se ve muy bien con su desnudez del cuerpo inferior. Poco antes del atardecer tomo una escena tierna: una joven madre con su hijo que alimenta un venado domesticado que vive aquí como schirimbábu. Al caer la noche nos retiramos, pese a las vivas invitaciones a quedarnos y seguir bailando hasta el amanecer. En especial mi "ámai" (madre), una enérgica dama que continuamente animara nuestro baile con su salvaje "hai-hai" y que hasta bailó con nosotros una vez, no quiere ceder. El viejo cacique va con nosotros y se lleva una camisa contra el frío nocturno como regalo.

Miércoles, 4 de octubre de 1911. Maloka Roraima.

Revelo 6 placas Agfa comunes y las enjuago en el río. Hacia las 9 volvemos a la fiesta y compramos todos los adornos festivos.

La gente aún sigue bailando, pero ya impera un fuerte ambiente enratonado. El cacique Manoel cuenta sus aventuras nocturnas: primero bailó con él una mujer vieja, lo cual lo entristeció, pero después se le acercó una joven bonita, y se alegró! Dice que quiere llevarse a su casa una muchacha taulipang para que ayude a su mujer, a lo que digo yo: "Tu sí que eres un buen tipo! Dí mejor, para que te ayude a ti!" Carcajadas generalizadas corean. Hasta bien avanzada la tarde la gente duerme su mona. Poco antes de las 5 pm. tomo una foto con la cámara grande del pico oriental del Roraima, que justo está bajo una luz excelente, con el pico occidental entre nubes. Ambos picos parecen estar en ángulo agudo entre sí, la ancha abertura entre los picos hacia el norte es un verdadero pozo del tiempo del que constantemente manan espesas nubes y hierven las tormentas.

El hijo mayor del cacique Selemelá es un dibujante inteligente: otra vez llenó de dibujos 4 hojas en el cuaderno de bosquejos, entre ellos un diseño muy interesante: el pueblo Roraima con todas las malokas, hombre con cerbatana, tirando con arco y escopeta, mujer rallando yuca, mujer espulgando, hombre y mujer en actitud algo comprometedora, y lo mejor de todo, un mapa detallado del Roraima con el Kukenán y todas sus afluentes, hasta los más mínimos igarapes, saltos, etc, que me los nombra uno tras otro: una hoja muy interesante.

A las 6:30 viene del este una pesada tormenta acompañada de vientos y una fuerte lluvia persistente. Gotea mucho en nuestra barraca en mal estado, tanto que tengo que cubrir mi hamaca con la toalla.

Después, y por poco tiempo, tenemos viento norte. A las 9 otra vez viento norte; una fuerte lluvia cae sobre el Roraima, el cielo está cubierto.

Tuve un éxito colosal con las fotografías que tomara del viejo Selemelá y su mujer. Los pequeños de 7 ú 8 años reconocieron inmediatamente al "Bapai" y a la "ámai" en el negativo y forman una algarabía. Todo el pueblo se junta para ver las fotos.

Jueves, 5 de octubre de 1911, Maloka Roraima.

La gente de allá trae dos racimos de bananas maduras. Fotograffo algunos hombres y mujeres recién llegados y algunos niñitos simpáticos. No acontece nada más; es un día gris, húmedo y frío. Pensábamos escalar hoy el Roraima, pero la lluvia que de a ratos cae sobre los peñascos cubiertos de espesas nubes, nos lo impide. De ambos picos el agua cae en saltos de varios cientos de metros de altura.

Desde el sur viene a la fiesta un grupo taulipang, cruzando las alturas y anunciándose con tiros.

Los indios de acá casi son vegetarianos puros. Rara vez cazan una pieza mayor (venado o báquiro) y peces hay pocos y son pequeños. Casi siempre viven del beijú que mojan en una salsa de ají. La salsa de ají (tamorita) con frecuencia está condimentada con el sabroso tucupí. Las frutas que hay son bananas, cará, batatas, yurumú (auyama), caraoatas grandes chatas, maíz.

A las 5:15 se desata una tormenta con fuerte lluvia del este, que sigue hasta medianoche sin perder casi intensidad. Acuclillados alrededor del fuego que hicimos en nuestro palafito sobre unas piedras chatas, seguimos teniendo frío.

Sábado, 7 de octubre de 1911. Ascensión del Roraima.

La mañana está diáfana, con esporádica nubosidad. Partimos a las 6:35 con Schmidt, el cacique Manoel, Joao Pirokai y 6 taulipang en dirección nor-este hasta la pequeña maloka más cercana al Roraima. Después hacia el este pasamos el arroyo Ruruima. A las 7:15 pasamos el arroyo Taulapalú. Dirección este. A las 7:20 hacia una subida escarpada y seguimos ascen-

diendo por el filo de una serranía que se separa de la vertiente del pico oriental del Roraima hacia el sur, siempre campo.

Difícil marcha por un mar de rocas, el sendero es apenas visible, la dirección 30°. A las 8:20 descansamos para tomar fotografías de las paredes rocosas que se acercan más y más. A la derecha el profundo valle arbolado del Caná, afluente mayor del Kukenán, a la izquierda el del pequeño arroyo Wamorá. Seguimos ascendiendo por un pantano de altura con muchas flores de una flora muy distinta: grandes lirios violáceos, etc.

A las 9:25 penetramos en la selva tropical húmeda y trasponemos a las 9:30 el arroyo Wamorá, a cuya orilla derecha está una barraca aún bien conservada. Dos taulipáng y un muchacho que entretanto cazó pequeños pájaros con su cerbatana, se quedan aquí, para cocinar el gallo viejo que trajéramos. Seguimos a las 10:10. Escalamos una pendiente pronunciada por la selva mojada, el El Dorado para coleccionistas de orquídeas, escalando de a ratos por sobre rocas y árboles medio podridos, de a ratos arrastrándonos debajo de ellos, cayendo a veces hasta la cintura en huecos traicioneros apenas cubiertos por la hojarasca. Metro a metro subimos agarrándonos de raíces resbalosas o bejucos delgados que a menudo no resisten el peso de nuestro cuerpo. Y otra vez hay que bajar cuestas empinadas. Jadeantes nos abrimos paso por la enmarañada selva tropical. Cuanto más ascendemos más extraña se vuelve la vegetación. Las ramas angulosas de los árboles de copas bajas están cubiertas de espeso musgo y líquenes verde claro hasta blancos, con muchos otros parásitos, entre ellos orquídeas en flor. Proliferan entre ellos gigantescos helechos, cuyas anchas hojas nacen o bien directamente del suelo o cual hojas de palmeras se extienden sobre troncos altos cimbreantes. Seguimos escalando al través por un angosto saliente que tal vez se formara después de la época de "Samburuku" (Schomburgk) por un desprendimiento de rocas. Vamos junto a una pared de arenisca que cae por cientos de metros. Por suerte el abismo espantoso a la izquierda está cubierto por densa vegetación y sólo estrechos orificios permiten ver el ancho valle del Kukenán y el aún más alto e invencible coloso al oeste.

Nos cubren espesas nubes de lluvia, se pone oscuro. Pronto estamos mojados hasta los huesos y para colmo tenemos que pasar por un salto de agua pulverizada que cae del peñasco. Por fin cesa la alta vegetación y comienza la última parte más difícil. A la izquierda el abismo misericordiosamente cubierto por las nubes, a la derecha una pared que parece buscar el cielo. La ascensión escarpada va por rocas resbaladizas en cuyas fisuras se agarran nuestras manos temblorosas.

Un último esfuerzo y estamos en la meta, a la que tiempo atrás Schomburg pretendiera vanamente llegar: la cima del Roraima. Son las 12:35, 14.100 pasos.

Nos rodea un frío desacostumbrado: 11,3° C. Asustados nos miramos las pálidas caras surcadas de arrugas. El agradable color moreno de los indios cedió paso a un tono verdoso feo, el aliento sale de la boca semejando humo. Buscamos abrigo de la lluvia bajo un saliente. En vano tratamos de encender un fuego con hierbas secas. Los dedos temblorosos de frío apenas pueden enrollar un cigarrillo. Hasta donde podemos ver hay rocas de formas grotescas, algunas sobresalen como hongos gigantescos, otras resquebrajadas con frecuencia, como los muros semiderruidos de un castillo en ruinas. Estamos parados al borde de un amplio valle encajonado, una reserva natural de agua en época de lluvia, pero que ahora está casi seco. En una tapara los indios recogen agua tan helada que apenas se puede tomar. Recién ahora sentimos qué mojados y helados estamos. Desde el pueblo subimos alrededor de 1.300 metros en escasas 4,5 horas.

Saco algunas fotos con la cámara pequeña. El tiempo está lo más desfavorable posible: apenas hay luz y llueve a cántaros. Los indios tienen que sostener el impermeable de Schmidt sobre la cámara, ni hablar de vista panorámica, el largavista y la brújula de azimut bien podría haberlos dejado en casa.

A las 1:30 emprendemos el regreso. En el sitio más peligroso nos envuelve una oscura nube de lluvia que nos impide ver más de tres pasos, me aparto del sendero y me encuentro al borde del terrible abismo. Un traspie sobre las rocas resbalosas y el viaje habría acabado. Por fin volvemos a estar en la seguridad de la selva. El descenso es rápido, saltando, escalando, resbalando, cayendo. A las 3:30 estamos otra vez en la vieja barraca, empapados y sucios como nunca. Nuestro viejo gallo se ha ablandado entre tanto y el sustancioso caldo nos calienta y refresca. Dos de mis taulipán no comen carne de gallina y se contentan con los pajaritos que cazaran con la cerbatana.

A las 4 seguimos. Al principio sentimos mucho frío en nuestras ropas mojadas, por eso adoptamos un andar veloz para llegar a casa antes del anochecer. Además, del este amenaza una tormenta.

Llegamos a las 6. Gente simpática nos recibe en la primer maloka con abundante Beju y salsa picante tucupí y excelente cachiri. Estoy contento de poder quitarme al fin las ropas mojadas y sucias y ponerme mi pijama limpio y abrigado. Agradezco a Dios de todo corazón por estar sano y salvo.

Lo que me enorgullece mucho es haber hecho todo el camino a modo auténticamente indio: con sandalias mirití, a las que ya me acostumbré por completo, ya que todos los zapatos y botas están inservibles.